

Canallas ilustrados, un libro sobre la otra cara de la Ilustración Libertinaje, tolerancia y pasiones nos enseñan una política democrática más allá de la hipocresía

¡Que hablen los locos, los charlatanes y los ociosos! ¡Que tomen la palabra los amigos, los libertinos y los vividores! En este ensayo, Seoane explora los recodos más desconocidos de la Ilustración, donde el arte de vivir y el placer de compartir con el otro son las claves para una democracia tolerante, cosmopolita e inclusiva. No se trata de imperativos, razones o normas; antes bien, son la charla, la simpatía y la cordialidad las que nos permitirán, tanto en el s. XVIII como hoy, aprender a vivir juntos.

Julio Seoane Pinilla es especialista en el siglo XVIII y ha publicado diferentes estudios históricos dedicados a descubrir la cara menos conocida de la Ilustración, como *Del sentido moral a la moral sentimental* (2004) o *La política moral del Rococó* (2000). Ha traducido e introducido *La Ilustración olvidada* (1999), la edición de F. Hutcheson de *Escritos sobre la virtud y el sentido moral* (2000), *Emilio y Sofía o Los solitarios* (2004) de Rousseau o *El cosmopolita* (2012) de F. Monbron. Siempre con vistas a intervenir en las discusiones contemporáneas de filosofía moral y de educación de la ciudadanía, ha publicado también *La democracia como un estilo de vida* (2009) y *El regazo y la trama* (2009), así como distintos artículos en revistas.



VIAJE AL PAÍS DE LOS VIVIDORES Y LOS LIBERTINOS

En efecto, ¿hay algo más extraordinario que la superioridad que se arrogan los hombres sobre los otros animales? Pregúnteseles en qué se basa esta superioridad. "Nuestra alma" responden estúpidamente. Roguémosles que expliquen lo que entienden por esa palabra, alma; ¡oh! en ese momento los verás balbucir, contradecirse.

Marques de Sade, *Historia de Juliette*

Estoy totalmente convencido de que la rectitud y la humanidad en todos los sitios son términos convencionales que en el fondo no tienen nada de real ni de verdadero; de que **cada quién no vive sino para sí** y sólo se ama a sí mismo.

Fougeret de Monbron, *El cosmopolita*



Canallas ilustrados es un estudio que explora el libertinaje, las pasiones, la simpatía y la locura como vías alternativas para alcanzar los ideales cosmopolitas de la paz, la concordia y la vida en común.

Con un estilo ameno, fluido y lúcido, Seoane recorre la vida y el pensamiento de algunos escritores que supieron conjugar en el siglo XVIII los ideales más ambiciosos de la Ilustración con todo aquello que esta habría querido despojar de toda dignidad filosófica y política. **Autores incómodos y de verdad punzante como Mandeville, Sade o Monbron denuncian la hipocresía de una sociedad civilizada en la que el interés propio, el placer o el vicio solo podían existir marginados u ocultos.** Con ello, invitan a pensar una forma distinta de vida en común en la que, más allá de imperativos, normas, deberes o buenas costumbres, es el **interés propio, la incongruencia, la falta de cordura**

o la ociosa estupidez los pilares para alcanzar algo así como la **felicidad** y la perfección del hombre -si la hubiere-. Si hay alguna forma de vivir en común, esta ha de ser gustosa y placentera, sin nombres ni títulos ni compromisos.

Seoane articula su ensayo en tres capítulos.

El primero lo dedica a los “malvados”, en que presenta a Mandeville y a Sade, que estudia a través de *La fábrica de las abejas* y la *Historia de Juliette*. Allí se defiende que todo lo que en la vida se tiene por propio y singular solo puede construirse desde la mirada de los demás y la participación del otro en su radical diferencia, por mucho que duela y por mucho que plazca. Solo desde este cuidado de la **mirada del otro puede construirse con gusto una identidad personal.**

La segunda parte del estudio se dedica a la locura y la sinrazón con un excelente análisis de *El sobrino de Rameau* de Denis Diderot y *El cosmopolita* de Fougere de Monbron. Estas páginas se dirigen a mostrar que aquello que se cultiva en la conversación y el diálogo no es tanto una razón compartida o un sentido estable, sino una suerte de incongruencia en las palabras, un malentendido o un sinsentido que solo disgusta a los académicos. Para los demás, aunque sean tildados de **estúpidos o locos, produce la inquietud y el placer de compartir un secreto, y despierta todas las diversiones de esa bella práctica tan denostada que es la charla insustancial.** Con todo ello, se esboza un mundo en que es posible un acuerdo y una convivencia placenteras sin entender plenamente al otro y sin ningún afán por hacerlo.

La tercera parte trata de la **alegría y la simpatía que autores como Hutcheson y Hume cultivaron en su vida y su obra. El gusto por vivir con los demás es algo connatural al ser humano**, y lejos de constituir un impedimento para la recta vida de la comunidad, ha de tornarse en su fundamento. Es difícil imaginar una vida social en que **el placer de la interacción** y el intercambio se encuentre restringido, censurado o confinado al espacio privado. Si hay una base para una política de lo común, ha de ser **el inestable y gracioso suelo de la alegría.**



Con este desplazamiento de la razón y el deber al libertinaje y las pasiones, Seoane ofrece una vindicación del interés propio y el deseo que permite trazar una genealogía de las políticas de la felicidad desde el siglo XVIII hasta nuestros días.

La condena de la hipocresía de la civilización normativa, el pensamiento de la alteridad y la renuncia a establecer verdades universales más allá del goce de sí son paradójicas virtudes que aquí comienzan a cultivarse y que se prolongan en el pensamiento de pensadores contemporáneos como Guy Debord y Giorgio Agamben, y con escritores joviales como Enrique Vila-Matas y Jean-Yves Jouannais.

En todos estos casos, son los locos, los estúpidos, los ingenuos y los vividores los que dicen la verdad. Las elevadas virtudes, la recta moral universal y el progreso de la razón son tan solo mentiras con peluca: es ya hora de entonar un elogio a la calvicie.

Hablan los locos y los libertinos, tartamudea el sabio: algunos fragmentos de la jovialidad dieciochesca

Estoy convencido de que hemos tenido, los modernos (¿los humanos?), cierta incapacidad para ser otro. Y la hemos tenido porque el mundo que hemos construido tiene en el artificio de la tercera persona uno de sus pilares fundamentales. Por eso, quizás, nos es difícil vivir con la diferencia si no la entendemos como una diferencia accesorio y no esencial.

¿A qué era debido el éxito de *La fábula de las abejas*? «Vicios privados, virtudes públicas» es la paradoja que articula *La fábula* y contra la que se enfrentan todos sus críticos. En la mayoría de las ocasiones no fue sino lo único que se leyó de la misma. La idea de Mandeville es sencilla: las sociedades comerciales de principios del XVIII se mueven por el interés, por el deseo de satisfacer los deseos privados.

La concesión era sencilla pero definitiva: de alguna manera debía de admitirse alguna dosis de interés propio, de egoísmo, si queríamos consolidar la rica sociedad de comienzo del XVIII [...]Cómo hacer tal cosa sin caer en la barroca descripción de Mandeville-Rabelais fue el trabajo de los ilustrados escoceses. Su genialidad consistió en incorporar un moderado egoísmo en la composición de la virtud moral.

Sade vendrá aquí a interpretar un papel similar a Mandeville, y a través de su recuerdo quisiera que un egoísta, cruel y malvado nos presentara la identidad que se esfuma y desvanece en un juego social de miradas que es menester cuidar y afinar. Que ello se haga acompañado de una declaración partisana por el método experimental y la razón que nos guía en el desenmascaramiento de supersticiones e ídolos, hace de Sade un ilustrado.

Los personajes de Sade no paran de vivir; no suele haber un momento de reflexión pausada, de retirarse, de apartarse de la vida —como si ya estuviéramos muertos— y volver la vista atrás para recoger todo lo acontecido. Incluso los razonamientos filosóficos se dan en el acto, mientras los personajes están disfrutando, y a la espera del orgasmo final [...] simplemente señala el momento de cambiar de postura o de variar la disposición de la orgía.

En los encuentros que se relatan en *El cosmopolita* no vemos mayor hermandad que la que encontramos en congéneres, en seres que como nosotros caminan, visten, aman y comen. No hay posibilidad, pues, de imaginarnos en un mundo que nos unifique a todos en una naturaleza compartida [...] no, para Monbron nada hay allende el mundo donde con mejor o peor fortuna subsistimos

Índice abreviado

Primera Parte: Los malvados

- ✓ *Mandeville y la cruel fábula sobre nuestra vida*
- ✓ *El sádico cuidadoso*

Segunda Parte: locos archilocos

- ✓ *El sobrino de Rameau, un loco archiloco*
- ✓ *El ciudadano del mundo y de ningún sitio: El cosmopolita de Fougeret de Monbron*

Tercera Parte: muy «ingenuos», casi tontos

- ✓ *El tonto y el escéptico imposible. Hume y Hutcheson a propósito de la benevolencia y la simpatía*

Para más información y entrevistas con el autor:

comunicacion@gedisa.com

Tel. 93 253 09 04